

---

*Jesús nos llama a seguirlo de cerca y a ser sus discípulos. Presentamos una breve síntesis acerca de este llamado y cómo se plasma la vida discipular desde el carisma del Movimiento de la Palabra de Dios.*

---

**1. Juan Pablo II decía:**

El encuentro con Cristo cambia radicalmente la vida de una persona, la impulsa a la *metanoia* o conversión profunda de la mente y del corazón, y establece una comunión de vida que se transforma en seguimiento. En los Evangelios el seguimiento se expresa con dos actitudes: la primera consiste en `acompañar a Cristo'; la segunda, en caminar detrás de Él, que guía, siguiendo sus huellas y su dirección. Así, nace la figura del discípulo, que se realiza de modos diferentes. Hay quien sigue de manera aun genérica y a menudo superficial, como la muchedumbre (Cf. Mc 3, 7; 5, 24; Mt 8, 1. 10; 14, 13; 19, 2; 20, 29); muchas veces se menciona a las mujeres que, con su servicio concreto, sostienen la misión de Jesús (Cf. Lc 8, 2-3; Mc 15, 41). Algunos reciben una llamada específica por parte de Cristo y, entre ellos, los Doce ocupan una posibilidad particular.

Por tanto, la tipología de los llamados es muy variada: gente dedicada a la pesca y a cobrar impuestos, honrados y pecadores, casados y solteros, pobres y ricos, como José de Arimatea (Cf. Jn 19, 38), hombres y mujeres. Figura incluso el zelota Simón (Cf. Lc 6, 15), es decir, un miembro de la posición antirromana. También hay quien rechaza la invitación, como el joven rico, el cual, al oír las palabras exigentes de Cristo, se entristeció y se marchó pesaroso, `porque era muy rico' (Mc 10, 22)<sup>1</sup>.

Se puede decir entonces que en su actividad apostólica, Jesús formulaba dos llamados: elige **doce apóstoles** (Cf. Lc 6, 12-19) de entre los discípulos, y desde la muchedumbre que lo busca, elige **72 discípulos** (Cf. Lc 10, 1-12). Ellos serán también misioneros bajo el Señorío de Jesús

---

<sup>1</sup>-Catequesis del 06/09/2000 (L' Osservatore Romano, versión española, 08/09/2000, pág. 12).

(Cf. Lc 14, 25-33) con los dones de su Espíritu (Cf. Lc 10, 9). Son los cristianos que hoy identificamos como "laicos".

**2.** ¿Cómo se caracteriza hoy al laico, a este miembro del pueblo de Dios en la Iglesia?

Muchos de ellos aparecen como cristianos más "de nombre" que de vida y presencia testimonial. Son como "cristianos anónimos" que no tienen peso de presencia creyente ni en la Iglesia ni en la sociedad. Pasan desapercibidos. Por lo tanto, son como fermento de indiferencia religiosa en la cultura.

Desconocen el discipulado y en ellos lo más acentuado, desde la catequesis eclesial, es el cumplimiento del precepto dominical y los sacramentos que, así y todo, son cada vez más dejados de lado.

A esta modalidad de ser cristiano, el Papa Francisco la llama "part time":

Ser cristianos significa dejarse renovar por Jesús con esta vida nueva. Yo soy un buen cristiano, todos los domingos voy a misa de 11hs., hago esto y aquello... como si fuera una colección. Pero la vida cristiana no es un collage de cosas. Es una totalidad armónica, armoniosa, y la hace el Espíritu Santo. Renueva nuestro corazón, nuestra vida y nos hace vivir de una manera diversa, pero en un estilo que incluye la totali-

dad de la vida. No se puede ser cristiano a pedazos, part-time. ¡El cristiano part-time no funciona! Todo, todo el tiempo a tiempo pleno. Esta renovación la hace el Espíritu Santo. Ser cristiano al final no significa hacer cosas sino dejarse renovar por el Espíritu Santo, o, usando las palabras de Jesús, volverse vino nuevo.

**3.** Hoy es necesario un laicado que sea fermento de la piedad popular católica que tiene un fuerte matiz mariano. Pero esto no puede lograrse sin lo que Aparecida llama una "conversión pastoral". Así, el laicado discipular está estrechamente vinculado con esta búsqueda, la de una "conversión pastoral" de la Iglesia. El propio CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano) da pistas para lograrlo en la misión continental que se propuso en el encuentro de Aparecida. Desde la Palabra de Dios hay que buscar que ella no solo ilumine la catequesis sino toda la pastoral de la Iglesia. Nuestra experiencia pastoral busca colaborar con este fin.

En esto creemos que una alternativa se encamina por un laicado que cultive comunitariamente su fe en *comunidades eclesiales de base*. Allí, y con el Espíritu del Evangelio, se pueden generar pequeñas comunidades que sean imágenes de la Iglesia como familia de Dios: una expresión fraterna y testimonial de la fe en una Iglesia viva y operante, evangelizadora y misionera (Cf. DA N° 180, 226; 311-313).

4. El llamado a un laicado discipular se presenta de esta forma en el Movimiento de la Palabra de Dios:

El camino discipular, con la gracia de Dios, es fruto del **anuncio del kerigma**, de la muerte y resurrección de Jesús con la unción del Espíritu Santo. Este anuncio tiene como horizonte y referencia, en el contexto del mundo actual y del lugar que ocupa la Iglesia, la vida de los primeros cristianos de la Iglesia apostólica descrita en los Hechos de los apóstoles y en las cartas y escritos del nuevo testamento.

El discipulado implica una **opción de vida** por Jesús. Para el discípulo *creer es hacer opciones*. En este sentido se diferencia de una fe limitada solo al cumplimiento de obligaciones en términos de una costumbre, herencia familia o rutina sacramental.

Esta opción busca **hacer del Evangelio un estilo de vida** más que un compromiso de actividad apostólica. La actividad evangelizadora, misionera y social del discípulo surge como consecuencia de un *compromiso de vida* que le permite ratificar testimonialmente su actividad religiosa y social.

En primer lugar la opción discipular supone la **conversión a Jesús como Salvador** del pecado personal y social que hay en el mundo. Esta *conversión* lleva a ser bautizado en la pascua de Jesús (Rm 6,

3-4) o a ser sacramentalmente reconciliados para llevar una Vida nueva.

En segundo lugar supone **reconocer a Jesús como Señor y entregarle la vida**. La entrega de la vida es lo que define la condición creyente del discípulo. Este no solo quiere ser salvado por Jesús sino que quiere seguirlo en un estado de vida digno de su enseñanza. Jesús es reconocido y aceptado como Maestro de la Vida eterna (Lc 18, 18-23).

El discipulado **no es un estado de vida sino un modo de responderle al Señor**. El estado de vida se concreta de otra forma, en el matrimonio, en la consagración, el sacerdocio, en la vida soltera transitoria o no, etcétera.

El anuncio radical del Evangelio como *invitación* a convertirse, a salir de sí mismo, y a vivir el amor de Dios entre los hombres *bajo el Señorío de Jesús* transmite una **fe discipular**. De aquí surge una actitud disponible, servicial y misional en el discípulo.

La entrega del discípulo incluye la vida y los bienes (Cf. Lc 14, 25-33). El dinero, por poco que sea, crea dependencia e invita a la riqueza de querer "tener más" y vivir para eso. Los **bienes** son **evangelizados** a través del discernimiento de lo que es necesario para vivir y del compartir con el prójimo. Es ofrecer la vida para construir la "torre" de la santidad.

Este anuncio radical supone una **revisión de la imagen natural de Dios** que tienen los creyentes. Esta imagen pacta un vínculo con Él que se centra en vivir en gracia de Dios para no condenarse y en tener una oración de petición frente a los límites y necesidades humanas. Él es un Dios poderoso, al que hay que recurrir frente a las necesidades. Pero esta imagen de Dios lleva a expresar la vida religiosa desde la obligación más que desde la gratuidad del amor que proclama la Palabra: “Me amó y se entregó por mí” (Gál 2, 20). Así, Dios no llega a ser un Dios de Vida, de conversión, agradecimiento y alabanza.

El discípulo, desde la entrega pascual de Jesús y la efusión del Espíritu Santo, es consciente de que **Dios es Amor** (Cf. 1 Jn 4, 16b; Jn 3, 16). Es un Dios que lo llama a vivir fraternalmente en la santidad de su Amor (Cf. 2 Jn 4-6).

“Les doy un mandamiento nuevo: ámense los unos a los otros. Así como yo lo he amado, ámense también ustedes los unos a los otros. **En esto todos reconocerán que son mis discípulos: en el amor que se tengan los unos a los otros**” (Jn 13, 34-35). Este mandamiento vivido define existencialmente la identidad del discípulo y lo compromete con el medio ambiente eclesial y social.

Las **comunidades discipulares** constituyen –en esta civilización con tantos valores deshumanizantes– la reserva de un

tejido social sano por su convocatoria y trabajo en la juventud, la familia y la niñez. Forman, además, un tejido eclesial evangélico desde un laicado renovado en el espíritu de sus vidas. Así, las comunidades guardarán una reserva de humanidad nueva para el presente y futuro histórico.

Cuando se reconoce como imagen y semejanza de un Dios trinitario, el discípulo adquiere conciencia de que **el hombre es persona en comunidad**. Así aspira no solo a la santidad personal sino también comunitaria.

El testimonio del **amor mutuo** genera vínculos fraternos que despiertan el interés y la admiración de los que se acercan a una comunidad discipular. Allí reciben espontáneamente el mensaje de que Dios es Amor y quiere que los hombres vivan en ese amor filial y fraterno. Esto hace recordar el testimonio que daban los paganos de los cristianos primitivos: ¡“miren como se aman”! Por este testimonio muchos se incorporan a las comunidades y regresan a la vida sacramental.

El discípulo recibe en el camino del grupo comunitario discipular un itinerario de **evangelización permanente** y de **formación integral**: humana, moral y espiritual, catequética y social. Así la formación sustenta la experiencia y la vida de la fe que obra por amor (Cf. Gál 5, 6), nocionalmente, con razones y motivos de esperanza (Cf. 1 Ped 3, 15b) y con una antropología trascendente.

Jesús le puso a su apóstol Simón el nombre de Pedro, que significa *pedra*. El discípulo ve en el Pastor universal de Roma –el Papa– la **pedra sobre la que Jesús ha edificado su Iglesia** a pesar de sus debilidades y de la oposición de las fuerzas del infierno contra ella a lo largo de los siglos. Y toma para su vida de amor a la Palabra la exhortación de Pedro en su primera carta: “Por su obediencia a la verdad, ustedes se han purificado para amarse sinceramente como hermanos. Ámense constantemente los unos a los otros con un corazón puro, como quienes han sido engendrados de nuevo, no por un germen corruptible, sino incorruptible: la Palabra de Dios, viva y eterna” (1 Ped 1, 22-23).

La **Eucaristía**, fuente y culmen de la Iglesia, es para el discípulo el sacramento en el que la carne del Cordero de Dios alimenta a su Pueblo como Pan de pascua para la Vida eterna. En la celebración litúrgica de una misa discipular se hace palpable el ambiente que, por la participación comunitaria, se torna evangelizador. Los discípulos de Jesús comparten la Palabra de Dios y se alimentan con el Cuerpo de Jesús para ser también ellos entrega eucarística para los demás.

El discípulo conoce y vivencia a **María** como la Madre del Pueblo de Dios entregada por Jesús a Juan en la cruz (Cf. Jn 19, 26-27). Allí se manifiesta la alianza mesiánica entre Jesús y María. El discipulado le

confía a María el cuidado de su Vida nueva y su anhelo de santidad, y la invoca como **“Madre de Dios y Madre nuestra”**.

El discípulo ejercita el **don del discernimiento** integralmente y aprende a hacer un discernimiento de la cultura para ubicarse cristianamente en ella. Y en su comunidad aprende a vivir una cultura de la vida y la personalización en el amor fraterno y la Paternidad de Dios.

La experiencia discipular de una **fe comunitaria, orante y gozosa**, aún en medio de las pruebas y dificultades (1 Tes 1, 6b), es una realidad propia de la nueva evangelización. Es una fe eclesial que puede crecer y propagarse a pesar del secularismo materialista de la vida y del creciente laicismo por parte de muchos Estados. Es la belleza de la vida cristiana en medio de la indiferencia humana y religiosa del relativismo cultural.

Numerosos documentos de la Iglesia iluminan la condición discipular de la fe: el espíritu del Concilio Vaticano II y su documento *Gaudium et Spes*, la encíclica *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI, la encíclica *Redemptoris Missio* y la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte* de Juan Pablo II, la Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* de Benedicto XVI y las Exhortaciones Apostólicas de los Sínodos Continentales. Un aspecto para responder al creciente secularismo de la cultura y a la

proliferación de las sectas es, además de la iluminación doctrinal, el cómo de una nueva expresión pastoral.

**5.** Una propuesta discipular incluye una vivencia valiosa de la fe, la “experiencia de un Dios vivo y verdadero” para la propia existencia y una experiencia comunitaria de vínculos fraternos; una necesidad de evangelizar testimoniando lo que vive y por qué se lo vive así, como valor de la vida; una necesidad de sentir que ella, a los ojos de Dios, es misión y necesita estar al servicio fraterno de los demás.

El Papa Francisco lo ha expresado desde el comienzo de su pontificado. El poder religioso o civil que pueda tenerse es para servir, sin afán de dominio, sin deseo principesco de escalar y competir con los demás.

¿Qué importante es que esta sea la imagen práctica de vida de un cristiano, de los grupos de iglesia, de los distintos carismas! Que el punto de partida sea Dios como Centro real de la vida y la comunión con los demás. ¿Y dónde, o desde qué fuente, puede surgir este anhelo si no es desde un encuentro vivo con Dios? Para servir hay que orar, porque servir es salir de sí mismo y compartir la vida con los demás. Es un gesto “eucarístico”, repartirse a los demás en sus necesidades. Es descentrarse de sí mismo porque se ha recuperado el Centro de la vida, que es Dios, vivo y verdadero, que se revela, salva y libera.

Esta realidad se recibe desde la fe en el lugar de una comunidad eclesial de base. Allí la Palabra nos revela al Dios vivo y verdadero y el Espíritu de Dios puede derramar en los corazones orantes el don del amor fraterno, de la servicialidad y del compartir la vida con los demás.

Esto es posible, incluso a pesar de los límites y fragilidades de nuestras “vasijas de barro”. Experimentamos que lo imposible para nosotros no lo es para Dios. Y que “muchacha gente” aprecia el valor de una fe así cultivada. Ser cristiano cuesta pero vale la pena.

Así, el testimonio y la vivencia de la fe surgidos de los hechos de vida y de la evangelización pueden proponer una salida al relativismo cultural en el que vivimos.

Adaptación del libro “Encuentro en la Palabra. Lectio divina comunitaria” Padre Ricardo, MPD

## Poniendo en común

Propiedad de El Movimiento de la Palabra de Dios - Rama Femenina de Nazaret.  
Av. San Juan 2831 (Buenos Aires)

### Distribución

Editorial de la Palabra de Dios  
e-mail: [editorial@crisovive.org.ar](mailto:editorial@crisovive.org.ar)  
Tel: 011 - 4931-8388  
[www.crisovive.org.ar](http://www.crisovive.org.ar)

Otros Números:  
[Poniendo en común](#)